

La enseñanza de La Literatura

El trabajo que insertamos de seguidas, fue publicado en el Nº 91 (noviembre de 1960) de la revista "Educación". Se reproduce hoy, por considerarlo de interés para los estudiantes de la especialidad de Castellano, Literatura y Latín del INSTITUTO PEDAGÓGICO (N. de la R.).

La Literatura —llámese técnica literaria, historia de la literatura o composición y estilo— es una asignatura que por largo tiempo ha padecido cierto desprestigio entre las que se enseñan en la educación media. La denominación de *Literatura* se tiene reservada en el habla popular como sinónimo de ropaje, vestimenta, cosa exterior, cuando no se llega a considerársele como simple hojarasca, relleno, en una palabra, "paja"; es decir, cosa que no tiene mayor cometido que material de empaque, si acaso, alguna finalidad de revestimiento, simplemente, de la cual se podría prescindir sin menoscabo de la esencia del asunto. Ha sido esa idea, largamente difundida y muy poco combatida, la que por muchos años se ha ido posesionando del ánimo de estudiantes y muchas veces de algunos profesores de otras asignaturas, que al pedir a sus alumnos mayor precisión en los conceptos, les advierten que esa materia que ellos enseñan "no es literatura"...

He ahí, justamente, donde radica el mal. Piensa la mayoría de la gente que en literatura no hay precisión y, por ende,

mucho menos, fijación de conceptos. De modo que igual da decir una cosa que otra; lo mismo sirve esta denominación que aquélla; que se puede, perfectamente, emitir un mismo juicio para varias obras o autores; que todo y todos son iguales, lo mismo... *nihil novum subsole!* Todo lo más que se exigiría sería expresión correcta.

Si nos detenemos a examinar el asunto, hemos de considerar una serie de aspectos que él mismo tiene.

ETAPA DE LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Empecemos por determinar lo que es la Educación Media, *etapa de enseñanza de la literatura*. Es, posiblemente, la rama más importante de la educación, aparte de la pre-escolar, puesto que en ella priva, o ha de privar, la cuestión formativa sobre la informativa que, en cierto modo, pertenecería más bien a la Educación Superior. En la Educación Media se tiene al alumno en la más difícil de las edades. Tanto es así que ella constituye la de la transición de la niñez a la adultez; de allí que haya ese comportamiento, esa actitud en determinadas circunstancias que, más de una vez, nos conduce derechamente al equívoco con respecto a la verdadera conducta de un individuo que atraviesa por tan crítica etapa de la vida como es la adolescencia. Por ello la Educación Media —*época de impartir la enseñanza de la Literatura*— demanda una atención especial por parte de los educadores y un gran cuidado en sus objetivos.

EL ALUMNO DE LA EDUCACION MEDIA

El alumno pasa por la Educación Media entre los 12 y los 18 años. Es una edad sumamente espinosa y erizada de peligros. Entonces, tiene que ser atendido con especial cuidado ya que las impresiones que reciba, los éxitos que coseche o los fracasos que sufra durante ese período, podrán ser determinantes para el resto de su vida. Luego, la buena o mala disposición que en él hubiere para determinados conocimientos, es un factor indiscutible en la enseñanza que se le impartía.

LOS VALORES Y LA SENSIBILIDAD

En esa edad encontramos dos elementos de gran importancia para la enseñanza y apreciación de la literatura: *la sensibilidad y los valores*. En ella comienza el despertar de la primera, que no ha de confundirse jamás con la sensiblería, a que es tan inclinado el ser humano en la adolescencia, aunque siempre trate de enmascararla con desplantes y actitudes petulantes. Hay que tratar de demostrarle que *sensibilidad* y *sensiblería* son conceptos distintos y, en ocasiones, antagónicos; que mientras el primero tiene que ser signo de una personalidad lograda en vías de tal, el segundo sólo expresa cierta debilidad, tontería o mal gusto; que mientras la primera es factor receptivo de reacción verdadera, de auténtico valor, de *apreciación estética*, la segunda tiende más bien a desvirtuar la auténtica belleza y a suplantarlo verdadero con lo falso y, por tanto, a desconocer los valores verdaderos.

¿Cuáles son los valores de esa edad? Los más transitorios, los más fugaces, los de mayor brillo momentáneo; son los héroes y hazañas del deporte, del cine o la televisión, los de mayor contacto popular, los que obtienen mayor nombradía, aunque momentánea, los del éxito pronto, fácil y sonoro. No pueden ser otros. Se tiene en esa edad tan corta perspectiva, tan escasa visión de futuro, tan flaco concepto de la verdad que casi no puede ser de otra manera. He ahí el mayor problema con que se tropieza en la enseñanza de la literatura. No es asunto de intentar cambiar los valores que tanto admiran los adolescentes, sino lograr despertarles el interés por los valores reales, verdaderos, trascendentes. De una comparación de situaciones y personas puede surgir la apreciación cierta. Es, desde luego, una labor que demanda gran habilidad y sutileza por parte del profesor. Con especial tacto, éste ha de ir realizando su obra, de forma tal que no vaya a resultar contraproducente.

TEXTO - GUIA Y EXPOSICION

Una de las razones que más han contribuido al descrédito de la Literatura como asignatura en la Educación Media, es la prolongada exposición que sobre temas, autores y obras realizan algunos profesores. Es bien sabido también que la fragili-

dad de la atención juvenil es manifiesta. De allí que los adolescentes sean tan reacios a asistir a charlas o conferencias porque será sumamente difícil que el expositor logre mantener el interés de ellos por más de un tiempo bastante limitado que, por lo general, es bastante más corto que el destinado a una clase. Entonces, hay que evitar por todos los medios posibles, hacer largas exposiciones, y sobre todo acerca de asuntos que los alumnos pueden encontrar en los libros. Así, por ejemplo, los datos biográficos de un autor que se estudia, con abundancia de detalles y anécdotas, que estarán muy bien para un auditorio de adultos o de gente que tiende a especializarse, deben ser tratados con suma parquedad y siempre con indicación de su búsqueda en libros, o mejor en un libro. Este tiene que ser, necesariamente, el *texto-guía*.

El texto-guía ha de constituir un elemento de indiscartable valor en la enseñanza de la literatura. Hay que conseguir un *texto-guía*. Será un auxiliar poderoso en la labor del profesor. A él siempre han de ser remitidos los alumnos y en él ellos han de encontrar siempre la más clara fuente de conocimientos sobre la materia. Es verdad que muchas veces resulta difícil conseguir un libro que responda íntegramente a las exigencias del programa; pero, justamente, entonces será cuando entrará en juego la buena disposición del profesor, quien, con un conocimiento cabal de los contenidos programáticos y del texto, complementará a éste, lo comentará con buen tino y limpio ánimo, sin aparecer como corrigiéndolo o enmendándolo, y en todo caso deberá indicar la bibliografía a que hay que recurrir y no pretender aparecer como un mago que posee su propia y reservada cantera de conocimientos; y en la oportunidad en que los conceptos sean producto de sus propias y directas investigaciones, confesarlo paladinamente con el apoyo de buenas argumentaciones.

LO ETICO Y LO ESTETICO

Cuando nos disponemos a enseñar literatura en la educación media debemos tomar en cuenta dos tipos de valores: *los de orden ético y los de orden estético*. Estos que generalmente parecen valores antagónicos exigen en la enseñanza de la literatura una gran sagacidad y sutileza por parte del profesor ya

que no siempre nos será dado lograr su perfecta armonía. De manera que en toda ocasión no será posible que en el estudio de una obra aparezcan ambos tipos; entonces, lo aconsejable es no poner en evidencia siempre tal cuestión.

¿Qué ha de predominar? Indudablemente que lo estético. A lo ético se hará relación cuando fácilmente se conjuga con lo estético. Así, por ejemplo, en el estudio de la "Silva Criolla", de Lazo Martí, es sumamente fácil, en determinados pasajes, poner en evidencia los dos tipos de valores; en cambio, en "El Cantar de los Cantares" habrá que hacer mucho énfasis en el carácter simbólico de la obra y en sus finos matices y tonos de creación estética, de tal manera que borre totalmente de la mente de los alumnos la cuestión ética. Tal empresa demanda talento, finura de espíritu y gran dosis de personalidad por parte del profesor.

LA LECTURA

He aquí el asunto primordial en la enseñanza y el aprendizaje de la literatura. *La lectura* tiene que ser la actividad fundamental en ese proceso. Hay que llevar a la mente de los alumnos que conocer un autor o una época literaria es conocer las obras que los representan, y que éstas no se conocen sino a través de la lectura. Nada interesa lo anecdótico o circunstancial de un autor y su época si no se conoce su obra en sí. Y la única manera es leyéndola.

Ahora, ¿podemos aspirar a que nuestros alumnos lleguen a leer toda la obra de los autores y las épocas en estudio durante el año escolar? Indudablemente que no. Primero: porque no habrá programa sensatamente elaborado que exija tal cosa; y segundo: porque tal cosa es de todo punto de vista imposible.

Luego viene un asunto sumamente importante como es *enseñar a leer*. En realidad, el profesor está en la obligación de que sus alumnos aprendan a leer. No leer en lo que se refiere al proceso mecánico que, se presume, ya aprendieron, sino en lo que se concreta a la apreciación literaria. Cuestión fundamental también. Es una labor lenta, pero de excelentes frutos. Y tiene que realizarse en la clase.

Todo buen programa de literatura tendrá asignadas unas lecturas para *la casa* y otras para *la clase*. Estas últimas, preci-

samente, son las que permitirán al profesor realizar la enseñanza de la lectura mencionada. Pero, ¿de qué manera? Como actividad colectiva. Para lo cual cada alumno debe estar en posesión del texto que se lee y dispuesto a intervenir en el momento en que se le demande. Son los alumnos quienes han de cumplir en clase esa actividad, el profesor la supervisará, la guiará y la enriquecerá, con oportunos comentarios en referencia a lo formal y al contenido, al resalto de valores y al logro de una mayor comprensión intelectual y estética.

La lectura para la casa ha de comprobarse mediante interrogatorios y trabajos breves que deben presentar los alumnos.

Ahora bien, ambas clases de lecturas requieren una condición primordial, que es la de su extensión.

Sabemos bien el poco hábito de lectura que existe en la juventud actual, cuya atención se ve solicitada desde los más diversos y disímiles ángulos. Luego, no debemos intentar chocar de una vez con esa realidad, sino que, por lo contrario, debemos enfrentarla con sinceridad y conocimiento de causa. Debemos partir del criterio de que más vale poco bueno que mucho malo. Por el carácter formativo que la educación media conlleva, debemos propender a que ella se realice dentro de un clima de absoluta sinceridad. Y para ello debemos conducirla por un cauce de posibilidades reales, verdaderas, en que tengan cabida las realidades ambientales e individuales de los alumnos. Es decir, exigirles lo que ellos verdaderamente puedan dar, a tenor de su realidad social y cronológica.

En fin, que está en manos de los profesores de Educación Media hacer que la literatura se prestigie y adquiera la real y verdadera importancia que como asignatura le corresponde.

Dos Poetas en El Cantar de Mío Cid

Don Ramón Menéndez Pidal (*), el insigne maestro de la filología hispánica, quien ha dedicado casi toda su fecunda vida al *Poema de Mío Cid*, analiza con una extraordinaria agudeza el problema de los autores del celeberrimo Cantar. Dice: "Que el poema del Cid tenga más de un autor, no es ahora en mí una ocurrencia repentina. Es una idea que se me fue imponiendo lentamente, muy contra mis primeras opiniones" (*Dos poetas en el Cantar de Mío Cid, en Romania, LXXXII, 145*).

En 1908, al publicar el primer tomo de su estudio sobre el *Cantar de Mío Cid*, Menéndez Pidal pensó decididamente en un autor único, anónimo, natural o vecino de Medinaceli, que conocía muy bien otra localidad cercana, San Esteban de Gormaz. Los pormenores topográficos de estas dos poblaciones le parecieron a don Ramón obra del mismo poeta de Medinaceli. Algunas diferencias que notaba, recuerdos de San Esteban de Gormaz, que interesaban más a la acción del poema que los de Medinaceli, diferencias de versificación entre el cantar primero y el tercero, las consideró como explicables en un autor único.

Sin embargo, en 1946, al preparar una segunda edición del *Cantar de Mío Cid*, las sospechas se acentuaron al notar ciertas cosas contradictorias. Menéndez Pidal observó que Alfonso VI no había poseído a Medinaceli en vida del Cid, mientras el poema afirma lo contrario. En la cuarta edición de *La España*

(*) Menéndez Pidal, Ramón. *Dos poetas en el Cantar de Mío Cid, en Romania*, tomo LXXXII, Nº 2. París, 1961, págs. 145-200.